

“Míreme a los ojos”

Paco Ariza

CORRÍAN tiempos de corrupción cuando Bono se fijó en él. Era la ocasión que todo diputado espera, que su jefe directo le encargue una intervención parlamentaria. “Moltó, inspiras confianza. Tu voz impone respeto, tienes una trayectoria personal impecable, a prueba de investigaciones de El Mundo o Interviú. Serás tú quien interpele sin piedad al corrupto gobernador del Banco de España. No puede parecer que protegemos la corrupción y... además, es un banquero, no es de los nuestros”. Su éxito llenó páginas de diarios; las entrevistas le llovían y su fama corría paralela al éxito parlamentario.

Aun cuando recuerda aquella intervención, su gesto se llena de humanidad y ese día invita a todos los que están cerca de él; yo mismo fui testigo afortunado en el restaurante “La Perdiz”. Los días de gloria continúan. La acción parlamentaria partidista le quedó pequeña; la banca lo reclamó. Aparcó su vida política para emerger como banquero eminente que impone sus ideas generadoras: “Crearemos aeropuertos en Ciudad Real, en La Roda...”; “Haremos un Plan Renove para helicópteros porque es un medio eficaz, rápido y ecológico para viajar con los amigos a cualquier punto”; “Aprovechando el pelotazo de la construcción construiremos en Madrid, en Valencia...”.

Estaba planeando sus vacaciones de Semana Santa en un crucero por las Islas Sheychelles, aunque dudoso de si el crucero sería adecuado a su nivel social (por miedo a que resultase copado por peluqueros o recién casados), cuando su jefe de gabinete lo interrumpió: “Han intervenido la Caja de Castilla-La Mancha”.

En la rueda de prensa inmediata a este acontecimiento un periodista recordó en su pregunta a un joven parlamentario decir “míreme a los ojos”. El banquero mirando al “periodista impertinente” dijo algo así como... “¡Gilipollas!”